

18 ENERO

---

EL JARDÍN SALESIANO  
(PRIMERA PARTE)

*Vi entonces una multitud  
de gentes dispersas por  
aquellos jardines que se  
divertia en medio de la  
mayor alegría.*

“



**L**a noche del 6 de diciembre, mientras estaba en mi habitación sin saber positivamente si estaba leyendo o paseando por la misma, o si estaba en el lecho, comencé a soñar.

De pronto me pareció encontrarme sobre una pequeña prominencia de terreno, al borde de una inmensa llanura, cuyos confines no se llegaban a alcanzar con la vista. Aquella planicie se perdía en la inmensidad: era azulada como el mar en plena calma, aunque lo que yo contemplaba no era agua precisamente.

Parecía como un terso cristal luciente. Bajo mis pies, detrás de mí y a los lados, veía una región a la manera de una playa a orillas del océano. Anchos y enormes paseos dividían la llanura en vastísimos jardines de inenarrable belleza, todos repartidos en bosquecillos, prados y parterres de flores, de formas y colores variados. Ninguna de nuestras plantas puede darnos una idea de aquellas otras, aunque guardaban con ellas alguna semejanza. Las hierbas, las flores, los árboles, las frutas eran vistosísimas y de bellissimo aspecto. Las hojas eran de oro, los troncos y ramas de diamante y lo restante hacía juego con esta riqueza. Imposible contar las diferentes especies, y cada especie y cada flor resplandecía con luz propia.

En medio de aquellos jardines y en toda la extensión de la llanura contemplaba yo innumerables edificios de un orden, belleza y armonía, de tal magnificencia y de tan extraordinarias proporcio-

nes que para la construcción de uno solo de ellos parecía que no habrían bastado todos los tesoros de la tierra. Al contemplar aquello me decía yo a mí mismo:

- Si mis muchachos tuvieran una sola de estas casas, ¡cómo gozarían!, ¡qué felices serían!, ¡con cuánto gusto vivirían en ellas!

Y así pensaba sólo al ver aquellos palacios por fuera. ¡Cuál no debería ser su magnificencia interior! Mientras contemplaba extasiado tan estupendas maravillas y el ornato de aquellos jardines, llegó a mis oídos una música dulcísima y de tan grata armonía que no os podría dar una idea de ella. En su comparación, nada tienen que ver las de Cagliari y Dogliani. Eran cien mil instrumentos que producían cada uno un sonido distinto del otro, mientras todos los sonidos posibles difundían por el aire su sonoridad. A éstos uníanse los coros de los cantores.

Vi entonces una multitud de gentes dispersas por aquellos jardines que se divertían en medio de la mayor alegría. Quién tocaba, quién cantaba. Cada voz, cada nota hacía el efecto de mil instrumentos reunidos, todos diversos entre sí. Al mismo tiempo oíanse los diversos grados de la escala armónica, desde el más alto al más bajo que se puede imaginar, pero todos en perfecto acorde. Para describir esta armonía no bastan las comparaciones humanas. En el rostro de aquellos felices moradores del jardín se veía que los cantores no sólo experimentaban extraordinario placer en cantar, sino que al mismo tiempo sentían un inmenso gozo al oír cantar a los demás.

Y cuanto más cantaba uno, más se le encendía el deseo de cantar, y cuanto más escuchaba, más deseaba escuchar. [...] Mientras escuchaba atónito estas celestes armonías vi aparecer una multitud de jóvenes, muchos de los cuales habían estado en el Oratorio y en algunos otros colegios: a muchos, por consiguiente, los conocía, aunque la mayor parte me era desconocida. Aquella muchedumbre incontable se dirigía hacia mí. A su cabeza venía Domingo Savio, y detrás de él don Víctor Alasonatti, don César Chiala, don José Giulitto y muchos, muchos otros sacerdotes y clérigos, cada uno de ellos al frente de una sección de niños.

Entonces preguntéme a mí mismo:

- ¿Duermo o estoy despierto?

Y daba palmadas y me tocaba el pecho para cerciorarme de que era realidad cuanto veía. Al llegar toda aquella turba delante de mí, se detuvo a una distancia de unos ocho o diez pasos. Entonces brilló un relámpago de luz más viva, cesó la música y siguióse un profundo silencio. Aquellos muchachos estaban inundados de una grandísima alegría que se reflejaba en sus ojos, y sus rostros eran como un trasunto de la paz interior que reinaba en sus espíritus. Me miraban con una dulce sonrisa en sus labios y parecía como si quisieran hablar, pero permanecieron en silencio.

Domingo Savio se adelantó solo, dando unos pasos hacia mí, y se detuvo tan cerca de donde yo estaba que si hubiese extendido la mano, ciertamente le habría tocado. Callaba y me miraba también él sonriente.

¡Qué hermoso estaba! Su vestido era realmente singular. Caíale hasta los pies una túnica blanquísima cuajada de diamantes y toda ella tejida de oro. Ceñía su cintura con una amplia faja roja recamada de tal modo de piedras preciosas que las unas casi tocaban a las otras, entrelazándose en un dibujo tan maravilloso que ofrecían una belleza tal de colorido que yo, al contemplarla, me sentía lleno de admiración.

Pendíale del cuello un collar de peregrinas flores, no naturales, las hojas parecían de diamantes unidas entre sí sobre tallos de oro y así todo lo demás.

Estas flores refulgían con una luz sobrehumana más viva que la del sol, que en aquel instante brillaba en todo su esplendor primaveral, proyectando sus rayos sobre aquel rostro cándido y rubicundo de una manera indescriptible e iluminándolo de tal forma que no era posible distinguir cada uno de sus rasgos. Llevaba sobre la cabeza una corona de rosas: caíale sobre los hombros en ondulantes bucles la hermosa cabellera, dándole un aire tan bello, tan amable, tan encantador, que parecía... parecía ¡un ángel!

Parecía que don Bosco al pronunciar estas últimas palabras hacía esfuerzos por encontrar expresiones adecuadas: y las concluyó con un gesto indescriptible y un tono de voz que estremeció a todos, cual uno que esté rendido por el esfuerzo hecho para encontrar los términos adecuados para expresar plenamente su idea. Después de una breve pausa siguió: No menos resplandecientes de luz estaban los que le acompañaban.

Vestían todos de diversa manera, pero siempre bellísima: más o menos rica: quién de una forma, quién de otra, y cada una de aquellas vestiduras tenía un significado que nadie sabía comprender. Pero todos llevaban la cintura ceñida por una faja roja igual a la que llevaba Domingo. Yo seguía contemplando absorto todo aquello y pensaba:

- ¿Qué significa esto? ¿Cómo he venido a parar a este sitio?

Y no sabía explicarme dónde me encontraba. Fuera de mí, tembloroso por la reverencia que aquello me inspiraba, no me atrevía a decir palabra. También los demás continuaban silenciosos. Finalmente, Domingo despegó los labios para decir:

- ¿Por qué estás aquí mudo y como anodadado? ¿No eres el hombre que en otro tiempo de nada se amedrentaba, que arrostraba intrépido las calumnias, las persecuciones, las maquinaciones de los enemigos, y las angustias y los peligros de toda suerte? ¿Dónde está tu valor? ¿Por qué no hablas?

Y contesté a duras penas, balbuceando las palabras:

- Yo no sé qué decir. Pero, ¿no eres tú Domingo Savio?
- Sí, lo soy, ¿ya no me reconoces?
- ¿Y cómo te encuentras aquí?, añadí confuso.

Domingo entonces, afectuosamente me dijo:

- He venido para hablar contigo. ¡Cuántas veces hemos conversado juntos en la tierra! ¿No recuerdas cuánto me amabas, cuántas pruebas de estima y de afecto me diste? Y yo ¿no correspondí acaso a tus desvelos? ¡Qué gran confianza puse en ti! ¿Por qué, pues, temes? ¡Ea! Pregúntame algo.

Entonces, cobrando un poco de ánimo, le dije:

- Es que no sé dónde me encuentro, por eso estoy temblando.
- Estás en una mansión de felicidad, respondiome Domingo, en donde se gozan todas las dichas, todas las delicias.
- ¿Es éste, pues, el premio de los justos?
- No, por cierto. Aquí no se gozan los bienes eternos, sino sólo, aunque en grado sumo, los temporales.
- Entonces, ¿todas éstas son cosas naturales?
- Sí; aunque embellecidas por el poder de Dios.
- ¡Y a mí que me parecía que esto era el Paraíso!, exclamé.
- ¡No, no, no!, repuso Savio. No hay ojo mortal que pueda ver las bellezas eternas.
- ¿Y estas músicas, seguí preguntando, son las armonías de que gozáis en el Paraíso?
- ¡No, no, ya te he dicho que no!
- ¿Son armonías naturales?
- Sí, son sonidos naturales perfeccionados por la omnipotencia de Dios.
- Y esta luz que sobrepaja a la luz del sol ¿es luz sobrenatural? ¿Es luz del Paraíso?
- Es luz natural aunque reavivada y perfeccionada por la omnipotencia divina.
- ¿Y no se podría ver un poco de luz sobrenatural?
- Nadie puede gozar de ella hasta que no llegue a ver a Dios sicut est. El más infimo rayo de esa luz quitaría al instante la vida a un hombre, porque no hay fuerzas humanas que la puedan resistir.
- ¿No puede haber una luz natural más hermosa que ésta?



- ¡Si supieras! Si vieras solamente un rayo de sol, llevado a un grado superior a éste, quedarías fuera de ti.
- ¿Y no se puede ver al menos una partícula de esa luz que dices?
- Sí que se puede ver y tendrás la prueba de lo que digo. Abre los ojos.
- Ya los tengo abiertos, contesté.
- Pues fijate bien y mira allá al fondo de ese mar de cristal.

Tendí la vista y al mismo tiempo apareció de improviso, en el cielo y a una distancia inmensa, una fugaz centella de luz, sutilísima como un hilo, pero tan brillante, tan penetrante que di un grito que despertó a don Juan Bta. Lemoyne, aquí presente, que dormía en una habitación próxima a la mía. Aquel destello de luz era cien millones de veces más clara que la del sol y su fulgor bastaría para iluminar el universo entero.

Un instante después abrí los ojos y pregunté a Domingo:

- ¿Qué es esto? ¿Tal vez un rayo divino?

Savio contestó:

- No es luz sobrenatural, si bien, comparada con la terrestre, le supera mucho en fulgor. No es más que la luz natural elevada a un mayor esplendor por la omnipotencia divina. Y aunque imaginaras una inmensa zona de luz semejante a la centellita que acabas de ver al fondo de esta llanura, rodeando todo el universo, no por eso llegarías a formarte una idea de los esplendores del Paraíso.
- Y vosotros, ¿qué gozáis en el Paraíso?

- ¡Ah! Es imposible querértelo explicar: lo que se goza en el Paraíso no hay mortal alguno que pueda saberlo mientras no abandone esta vida y se reúna con su Creador. Lo único que se puede decir es que se goza de Dios: y esto es todo.

Entretanto, recobrado ya plenamente de mi primer aturdimiento, contemplaba absorto la hermosura de Domingo Savio cuando le pregunté en el tono de la mayor confianza:

- ¿Por qué llevas ese vestido tan blanco y reluciente?

Calló Domingo, sin dar muestras de querer contestar a mi pregunta y el coro comenzó a cantar armoniosamente acompañado de todos los instrumentos. [...] Cuando cesó el canto volví a preguntar:

- ¿Y por qué llevas a la cintura esa faja de color rojo?

Tampoco esta vez quiso Savio responder a mi pregunta y, mientras hacía un gesto como de rehusar la contestación, don Victor Alasonatti cantó solo. [...] Comprendí entonces que la faja de color de sangre, era símbolo de los grandes sacrificios hechos, de los violentos esfuerzos y casi del martirio sufrido por conservar la virtud de la pureza: y que, para mantenerse casto en la presencia del Señor, hubiera estado pronto a dar la vida, si las circunstancias así lo hubiesen exigido; y que al mismo tiempo simbolizaba las penitencias que libran al alma de la mancha de la culpa. La blancura y esplendor de la túnica representaban la conservación de la inocencia bautismal. Yo, entretanto, atraído por aquellos cantos y al contemplar todas aquellas falanges de jóvenes celestiales que seguían a Domingo Savio, pregunté a éste:

- ¿Y quiénes son éstos que te siguen?

Y dirigiéndome a ellos les dije:

- ¿Cómo es que tenéis ese aspecto tan refulgente?

Savio continuó callado mientras todos aquellos jóvenes comenzaron a cantar [...] Por mi parte me di cuenta de que Domingo gozaba de cierta preeminencia entre los demás, que se mantenían a respetuosa distancia detrás de él, como a unos diez pasos; por eso le dije:

- Dime, Domingo, siendo tú el más joven de los que veo aquí y de los que han muerto en nuestras casas, ¿por qué vas delante de ellos y les precedes? ¿Por qué eres tú quien hablas, mientras ellos callan?
- Yo soy el más viejo de todos, me contestó.
- No, le repliqué: muchos te aventajan en edad.
- Yo soy el más antiguo del Oratorio, replicó Domingo, porque he sido el primero en dejar el mundo para ir a la otra vida. [...]

Esta respuesta me indicaba el motivo de la visión. Domingo Savio hacía las veces de embajador de Dios. Entonces, le dije, hablemos de lo que en este instante más me importa.

- Sí y pregúntame pronto lo que deseas saber. Las horas pasan y se podría acabar el tiempo que se me ha concedido para hablarte y después no me verías más.
- Según parece ¿tienes algún asunto de importancia que comunicarme?
- ¿Qué puedo decirte yo, misera criatura?, dijo humildemente Domingo. He recibido de lo alto la misión de hablarte y por eso he venido.

Entonces, exclamé, háblame del pasado, del presente y del porvenir de nuestro Oratorio.

- Háblame de nuestros queridos hijos, háblame de mi Congregación.
- Respecto a ésta tendría muchas que comunicarte.
- Cuéntame, pues, lo que sabes: el pasado...

El pasado recae todo sobre ti.

- ¿He cometido alguna falta?
- En cuanto al pasado te he de decir que tu Congregación ha hecho ya mucho bien. ¿Ves allá abajo aquel número incontable de jóvenes?
- Sí que los veo. ¡Cuántos son! ¡Qué felicidad se refleja en sus rostros!
- Observa lo que está escrito a la entrada del jardín.
- Ya lo veo. Dice: Jardín Salesiano.
- Pues bien, prosiguió Domingo: todos esos han sido Salesianos o fueron educados por ti o han sido salvados por ti, o por tus sacerdotes o clérigos o por otros que encaminaste por la vía de la vocación. Cuéntalos, si puedes. Su número, empero, sería cien millones de veces mayor si mayor hubiera sido tu fe y confianza en el Señor.



En su estudio sobre los sueños de Don Bosco, Cecilia Romero, indica la relevancia que el mismo sueño tuvo para el santo: "Entre los sueños de los jóvenes, siempre ha tenido gran consideración el «Sueño de Lanzo» o «Sueño del Huerto Salesiano», empezando por el propio DB". La autora describe el inicio de este sueño de forma sencilla:

Se inicia con la descripción del lugar donde ocurre el sueño. La riqueza y el esplendor de las imágenes intentan dar una idea de una realidad sobrenatural que supera infinitamente cualquier realidad terrenal. Domingo Savio da algunas explicaciones sobre el lugar de la visión y su hábito.